



---

## PRÓLOGO

---

*Baja Nubia  
522 de la Era Cristiana*

La comitiva avanzaba silenciosa por la orilla oriental del río. En primera línea, un centenar de metros por delante del grupo principal, una tropa de exploradores blemios de piel dura y negra oteaba el horizonte pendiente de cualquier signo de peligro. Los cuatro elefantes cargados con la preciosa mercancía resultaban visibles a una gran distancia, por lo que extremar las precauciones constituía una necesidad de primer orden.

El pequeño ejército había partido de la isla de Filé y cruzaba el desierto hacia el sur, más allá del antiguo reino de Meroe, un territorio dominado ahora por el rey Bachia de los blemios. Al otro lado del Nilo, en la margen de poniente, veían desfilar, como espectros desterrados, los templos que tiempo atrás fueran el esplendor de aquellas tierras desérticas.

Takeloth, a lomo de uno de los elefantes, meneó la cabeza con tristeza al contemplar la desolación de aquellos edificios, antaño llenos de vida. Sabía que no faltaba mucho para que el Gran Templo de Filé, a cuyos cuidados había dedicado toda su existencia, sufriera igual suerte. Por eso su misión era tan importante, y por eso trataba de olvidar el dolor que le castigaba desde que había abandonado a sus veinte compa-

ñeros entre los muros sagrados que, según las profecías, pronto se teñirían de sangre.

El blemio sentado ante él advirtió su preocupación y se giró para mirarlo

—Lo lograremos. Nuestros dioses estarán a salvo.

—No es eso lo que me preocupa, Jarajen —respondió el sacerdote de Filé, afligido—. Es la morada sagrada y todos los que allí se quedaron. Me siento un cobarde al haber abandonado a mis hermanos.

—Cobarde hubieras sido de no haber arriesgado tu vida y tu fe en esta expedición de salvamento —repuso el blemio, su piel de ébano brillando bajo el llameante sol—. Gracias a ti, la diosa vivirá para siempre.

Eran argumentos que Takeloth aceptaba, pero que no mitigaban sus remordimientos. Jarajen se giró hacia delante sin decir nada más y volvió a adaptarse al pesado andar de su montura, mientras el sacerdote contemplaba con una mezcla de miedo y esperanza los fardos que colgaban en las alforjas de la bestia que caminaba inmediatamente detrás de ellos. Allí estaba todo. Los tesoros de Filé que no habían sido entregados como tributo al obispo. Las imágenes de Arensnufis, Mandulis, Imhotep y Hathor se bamboleaban resignadas en las alforjas de aquel elefante, como si supieran que aquel incómodo viaje era la única esperanza que les quedaba tras miles de años de supervivencia. Sin embargo, en el elefante de la retaguardia, custodiada por un grupo de blemios armados con arcos y flechas, viajaba sola la gran joya de Filé, el tesoro más importante de la expedición: la Gran Isis, forjada con oro procedente de las mismas montañas hacia donde se dirigían, más allá de la cuarta catarata.

La imagen preciosa había sido cargada en una barca con proa de flor de loto y trasladada a la orilla, donde el propio Takeloth, con lágrimas en los ojos, la había introducido en una caja de madera de cedro y colgado con cuidado en la red de lino que pendía del elefante. Su misión consistía en acompañarla a la cueva secreta para protegerla del ejército del emperador Justiniano, que, según las últimas noticias,

había enviado a su general Narsés a clausurar el templo de Filé y hacerse con sus ídolos.

Filé era el único templo pagano que había conseguido sobrevivir al edicto promulgado por el emperador Teodosio el Grande en 391, según el cual se prohibían los cultos heréticos en todo el territorio imperial. La religión cristiana había vencido a los ritos griegos y romanos y por tanto los viejos dioses debían ser extinguidos. Si el culto a la Gran Diosa había continuado durante todos esos años en la isla, no era tanto por la devoción extendida a lo largo del Imperio como por la amenaza de aquella irreducible tribu de guerreros blemios, que rendían culto a sus dioses en el mismo templo, y a los que el emperador aún no había logrado dominar.

El tercer día de marcha, la suerte se les terminó. Una lluvia de flechas se cernió sin previo aviso sobre los guerreros de la retaguardia, alcanzando a dos de ellos. Takeloth y Jarajen desmontaron a toda prisa y se refugiaron tras el robusto cuerpo de su elefante, un sólido parapeto que les protegía del ataque. A su izquierda, en lo alto del acantilado, un grupo de cinco arqueros ataviados con casco y coraza cesaron su ofensiva mientras su líder increpaba a los paganos a arrojar las armas y entregar la mercancía en nombre de Cristo y el emperador.

Las esperanzas de Takeloth se esfumaron. Los tesoros del templo, la antigua fe que en ellos subsistía, serían confiscados y enviados a Constantinopla para engordar aún más la fortuna del emperador bizantino. Miró a Jarajen, que sin embargo parecía tranquilo. Incluso observó en él una misteriosa sonrisa y un sutil gesto con el dedo que señalaba hacia el lado derecho del acantilado. El sacerdote se quedó perplejo al mirar en esa dirección. Cinco guerreros blemios trepaban por el muro escarpado con tal agilidad que Takeloth creyó estar viendo una cuadrilla de demonios. Antes de que pudieran reaccionar, los desprevenidos cristianos fueron golpeados y degollados por los guerreros de piel negra.

La sonrisa de Jarajen se hizo más grande, un resplandor en la oscuridad de su rostro.

—¿Te das cuenta, amigo? Nuestros dioses nos protegen. Mal piensa ese emperador si cree que su divinidad es más poderosa que la nuestra.

Las palabras del blemio resultaron proféticas, pues a lo largo de su marcha, la comitiva tuvo que hacer frente a dos ataques más efectuados por grupos de soldados dispersos apoyados por fanáticos; pero al igual que en la primera emboscada, los grandes luchadores del rey Bachia hicieron frente a la amenaza y salieron victoriosos. Sólo tuvieron que lamentar la muerte de dos de los suyos, los alcanzados por sorpresa en la primera agresión, que fueron enterrados con premura en las arenas del desierto.

A medida que se adentraban en el sur, el peligro fue disminuyendo y el paisaje montañoso aumentando. Allí, en el reino de Kush, junto a la confluencia del Nilo Blanco y Azul, las tropas del emperador no se habían atrevido a adentrarse, aterrorizados por las leyendas que hablaban de tribus de gigantes que devoraban a los hombres. A Takeloth se le antojaba extraño que en aquella tierra perdida, poblada por hombres negros y salvajes de costumbres tan distintas a las de la tierra del faraón, se venerara con tanto ardor a Amón y a Isis.

El sol caía sobre el desierto, recortando las cubiertas cónicas de las tumbas de aquellas extrañas gentes. El paso de la tropa se hizo más lento cuando Jarajen los condujo por un angosto desfiladero en la montaña, un terreno abrupto que desembocaba en un agujero negro apenas visible a la luz del crepúsculo.

La cueva secreta.

Una inexplicable bruma de apariencia sobrenatural envolvía la entrada de lo que Takeloth adivinó como el final de su viaje. Aquella cueva en la montaña sería su nuevo templo secreto. La oscuridad de la lejana tierra en la que se hallaba sustituiría la luz de Filé del mismo modo que los tenebrosos tiempos que se habían adueñado del mundo suplían la gloria de épocas pasadas.

Los viejos dioses descansarían ahora en aquella caverna, acompañando a las imágenes de los templos de Bigah,

Dendur, Debod y Elefantina, todos ellos clausurados por orden del emperador. Dormirían allí el sueño de los que algún día esperan regresar. La Isis de Filé, madre de todos los dioses y última protectora del culto milenar que permitía la vida, se reunía ahora con ellos a la espera de la resurrección.

Dispuesto más que nunca a acatar su destino, Takeloth entró en la cueva, listo para servir de guardián y sirviente a los dioses que crearon el mundo, mientras otros hombres al servicio de una fe que no pensaba sino en destruirlo derramaban la sangre de los sabios en las aguas del Nilo. No estaría solo. Cuatro sacerdotes blemios se hospedarían con él para ayudarle en el cuidado de las divinidades. Cuando el último de ellos atravesó el umbral de la oscuridad, Jarajen dio una orden a sus tropas y todos se pusieron en marcha. Regresaban a su hogar, más al sur, en los dominios imperturbables del rey Bachia, dejando a los dioses enterrados en el interior de la montaña. Cuando llegara el momento, ese gigantesco útero de piedra volvería a dar a luz.

El general Narsés y sus tropas aún estaban lejos de Filé cuando una lanza surcó el aire nocturno y segó la vida del vigía del templo antes de que pudiera dar la voz de alarma. Muda y serena, la barca se había aproximado a la orilla desde la vecina isla de Elefantina, amparada por la noche. Apenas tocó el muelle de madera, una horda de exaltados soldados y campesinos conversos saltó a tierra e irrumpió como una jauría furiosa en el interior del recinto sagrado, atravesando la puerta de Nectanebo I y cruzando el patio en dirección a la sala hipóstila.

Los sacerdotes —diecinueve del medio centenar que antiguamente formaron la comunidad— fueron sorprendidos en plena oración. Exiliadas las estatuas, se dedicaban a venerar a los dioses a través de las fórmulas mágicas de las paredes y las columnas.

El primero en caer, víctima de un brutal golpe en la cabeza, fue un anciano que repintaba un bajorrelieve de Horus,

el dios halcón, en el muro más occidental de la sala de las columnas. Dos soldados arremetieron entonces contra las imágenes de las paredes mientras los demás arrollaban todo a su paso, en dirección a la zona más sagrada del santuario.

Los sacerdotes que trataron de resistirse fueron violentamente reducidos y humillados. Algunos, al comprender la verdadera dimensión de aquel asalto, huyeron del templo y abandonaron la isla.

Hacía varios meses que las noticias sobre un numeroso ejército enviado por Justiniano para cerrar el templo estaban en boca de todos. El Gran Sacerdote, pese a haber visto las señales que auguraban la muerte de Egipto, había recomendado calma. El mundo vive según un ciclo inquebrantable, había dicho. Desde el inicio de los tiempos, el sol sale y vuelve a ponerse. Estaba seguro de que la civilización resurgiría de las cenizas, y por eso había enviado al fiel Takeloth a poner a salvo los ídolos sagrados. Muchos de los miembros de la comunidad tenían fe en la supervivencia. Filé había desafiado a sus enemigos durante más de quinientos años, primero al invasor romano, luego al cristiano. Pese a los rumores, todos creían que la salvación era posible. Pero no contaban con que la intolerancia, un enemigo más sanginario de lo que jamás hubieran imaginado, se adelantaría a las órdenes del emperador. La manada de exaltados soldados y campesinos arrasó literalmente todas las esperanzas.

Los sacerdotes, que intentaron proteger sus antiquísimas tradiciones, fueron pasados a cuchillo. El Gran Sacerdote murió junto al altar de Isis, ensartado por una lanza. Por una cruel broma del destino, su cadáver fue lapidado, al igual que San Esteban, a quien más tarde se consagraría una iglesia cristiana en el mismo suelo que albergó el templo más grandioso de la última etapa de Egipto.

Desde su eternidad de piedra, un relieve de Isis contemplaba imperturbable la aberrante expresión de violencia. La diosa sabía que su reinado no acababa ahí. Se prolongaría a lo largo de los siglos, con el mismo poder que, en los primeros tiempos, permitió el orden y alejó las tinieblas y la escasez.

La destrucción de Filé, el último reducto de la diosa Isis, vino seguida por la conquista y cristianización de toda la Baja Nubia. Los blemios fueron sometidos, los antiguos templos se transformaron en hogares para otros dioses.

Pero la magia de Isis jamás desaparecería.



*Madrid (España)*  
1970

Dicen los románticos que las piedras hablan, y en parte tienen razón.

Los mil setecientos veinticuatro bloques de piedra que viajaban hacinados a bordo del carguero *Benissa* no hablaban, pero tenían mucho que contar.

Los sillares, que habían permanecido dos años en la isla de Elefantina a la espera de la tramitación que les permitiría salir de Egipto, habían formado parte de un templo construido en la Baja Nubia hacia el año 200 antes de Cristo, durante el reinado del faraón Adijalamani de Meroe. En sus caras, cubiertas de relieves dedicados a los dioses Amón, Isis y Osiris, convivían también algunas cruces y otros símbolos cristianos, consecuencia de distintas campañas llevadas a cabo desde Bizancio a partir del siglo VI.

La gran epopeya del santuario a lo largo de los siglos había sido muy similar a la de aquellos aventureros que se dejaron la piel y la fortuna para ver con sus propios ojos las ruinas del pasado. Muchos de ellos contrajeron enfermedades como el tifus y la disentería, que acabaron por consumirlos. A principios de la década de los sesenta, el templo, al igual que muchos otros monumentos, parecía sentenciado a un destino se-

mejante. La inminente construcción por parte del presidente egipcio Nasser de la segunda presa de Asuán condenaba a muchas de las construcciones religiosas de época faraónica a desaparecer bajo las aguas del Nilo. La gigantesca obra hidráulica, que llegaría a contener más de ciento cincuenta millones de litros de agua, engulliría los edificios como un voraz monstruo surgido de las profundidades. Por esa razón, la Unesco organizó una campaña internacional en la que se pidió la cooperación de países como Italia, Países Bajos, Estados Unidos y España, naciones que recibieron como gesto de gratitud sendos templos para su conservación y disfrute.

El más grande de todos ellos viajaba a bordo del *Benissa* embalado en mil trescientas cajas. Su destino: el puerto de Valencia, en el levante español.

El 18 de junio de 1970, tras once días de travesía marítima, el *Benissa* llegó a tierras valencianas, y las cajas, con un peso de mil toneladas, fueron descargadas y trasladadas en camiones a Madrid, una operación que le costó a la ciudad cerca de diez millones de pesetas. Fue el propio ayuntamiento el que eligió el lugar donde el templo sería emplazado: el parque del Cuartel de la Montaña, no lejos de la plaza de España, en la imponente extensión donde estuvo la residencia palaciega del príncipe Pío de Saboya.

Si las piedras sintieran además de hablar, los sillares del templo de Debod, desmenuzados y a miles de kilómetros de su lugar de origen, no habrían tenido la oportunidad de sentirse solos. Durante el tiempo que duró la reconstrucción del santuario, no pasó un solo día en que las obras no recibieran la visita de un curioso personaje. Cada mañana, con lluvia o con sol, un hombre subía las escaleras del altozano donde se estaba reedificando el templo y se quedaba allí durante horas, contemplando el proceso. Los obreros se habían acostumbrado a su presencia y ya no les sorprendía comprobar cómo, en ocasiones, el extraño madrugaba más que ellos. Incluso le habían puesto un sencillo mote: «El Mirón».

Lo que no podían suponer era que «El Mirón» era mucho más que un simple espectador movido por la cu-

riosidad o el interés arquitectónico. Si acudía allí día tras día era porque aquellas piedras le decían mucho. Sin necesidad de tocarlas, le contaban historias exóticas y lejanas protagonizadas por antiguos reyes, pero al mismo tiempo le hablaban de sí mismo y de su familia. Los viejos y desgastados sillares eran parte de un secreto muy bien guardado que seguiría estando a buen recaudo incluso cuando el templo abriera sus puertas y miles de visitantes tuvieran acceso a sus sagradas estancias.

Le parecía irónico y a la vez fascinante que el destino hubiera querido que fuera precisamente aquel templo el designado para convertirse en parte del urbanismo de Madrid. Tal vez fuera una simple coincidencia, pero él, fiel a un romanticismo que a finales del siglo XX parecía agonizar, prefería pensar que los arcanos dioses lo habían querido así. Ahora aquellos cimientos se asentarían sobre la misma tierra en la que reposaba su mayor secreto. Y él sería el guardián de ambos.

Un día los obreros y arquitectos se marcharon, cediendo su lugar a eruditos, curiosos y turistas. Pero «El Mirón» continuaría pasando por allí a diario, siempre con una satisfactoria sensación de poder.

Al igual que su abuelo, creía firmemente que el secreto se iría con él a la tumba. Aún no podía saberlo, pero en realidad el gran misterio no tardaría tanto en ser revelado. A lo que él consideraba un enigma eterno, apenas le quedaban cuatro décadas de vida.





PRIMERA PARTE

**¡PAGANOS  
FUERA!**



---

LA ISIS DORADA





---

## CAPÍTULO

---

# 1

**I**NMERSO EN LA PENUMBRA, JAIME AZCÁRATE SE PREPARÓ para otra apasionante búsqueda.

En realidad no temía por su integridad física. El peligro de desplome y el miedo a morir sepultado bajo varias toneladas de madera, cartón y papel no eran nada comparados con la tediosa perspectiva de pasar el resto de su joven vida realizando ese mismo trayecto una y otra vez. Aguardar el montacargas, retirar de él las fichas con la signatura de los libros solicitados dos pisos más arriba, localizarlos y mandarlos a la superficie. Ni el túnel abovedado sobre su cabeza, ni los kilómetros de estanterías repletas de viejos volúmenes, ni el hedor a humedad que desprendían algunas de las salas más profundas, esas mismas que invitaban al fortuito avistamiento de ratas, insectos gigantes e incluso duendes de sótano... ni tan siquiera la remota posibilidad de vivir una experiencia de terror a una quincena de metros de profundidad le ofrecía el más mínimo consuelo.

Haciendo de tripas corazón, recorrió la galería principal con las fichas en la mano. En esta ocasión, los estudiosos de la planta de arriba le pedían un tratado de arte islámico, una Historia Antigua muy antigua y un libro de viajes por el Nilo. Organizándose la búsqueda con inteligencia y resignación, dio con los tres volúmenes en un instante y se dirigió con ellos al pequeño montacargas.

Ni ratas, ni desplomes, ni cocodrilos. Otro día más que había sobrevivido. E iban ya cinco. Un poco más y cumpliría su primera semana trabajando en los subterráneos del más importante centro de investigación histórica de España. Un par de meses más y su piel se volvería blanca como un folio. Cuatro meses y perdería por completo el sentido de la vista. Cinco y podría reptar por las paredes de los túneles completamente a oscuras guiado por el tacto de sus antenas.

La luz de un tubo fluorescente cercano incidió sobre la esfera de su Lorus plateado, que le indicaba que su turno había acabado y podía irse a casa. Una buena idea, teniendo en cuenta que todavía tenía una casa adonde ir. Era probable que en un futuro no muy lejano (acaso al día siguiente) se encontrara con que su casera había arrojado al pasillo todas sus cosas, indicándole así que se largara y no volviera por allí nunca más. Si aún no había ocurrido era tan sólo porque la casera ignoraba que Jaime había perdido su anterior trabajo y que en pocos meses tendría serias dificultades para pagar el alquiler.

Las puertas del ascensor se abrieron en la sala de préstamos, donde le recibió un calendario con fecha 8 de diciembre y las palabras que salían a ritmo de ametralladora nazi de la boca de Amalia Campillo, la primera de a bordo. En aquellos momentos, la Campillo estaba sentada a su mesa, con los pies en alto, lanzando su verboso ataque contra un desconocido interlocutor que se hallaba al otro lado del teléfono y que, a juicio de Jaime, se haría mucho bien cortándose las venas de inmediato. Ante el mostrador, la siempre atenta Iratxe aplacaba con su sonrisa el ansia de los tres individuos que esperaban al otro lado.

—Miren, ya está aquí —dijo al verlo salir del ascensor—. Jaime, los libros de estos caballeros, por favor.

Iratxe era casi lo único que Jaime agradecía de aquel trabajo. Simpática, agradable y de talante vivaracho, si aún no se había enamorado de ella era por falta de tiempo. Puso los libros sobre el mostrador e Iratxe se encargó de repararlos, ondulando su melena rubia. Dos de ellos desaparecieron de la sala en manos de sendos individuos trajeados

con aspecto de catedráticos. El tercer libro se lo quedó un espécimen algo más joven, de espaldas estrechas, incipiente calvicie y barba rizada. A diferencia de los otros dos, iba vestido con vaqueros, zapatillas de deporte y una camisa de cuadros rojos encima de una desteñida camiseta del mismo color.

Por alguna razón, aquel tipo no abandonaba la sala. Iratxe estaba a punto de aclararle que el préstamo de libros era gratuito por definición cuando el joven alzó las cejas por encima de sus anticuadas gafas y mostró una amigable sonrisa.

—Anda, pero si es Jaime Azcárate en persona.

Jaime Azcárate en persona sólo quería quitarse el uniforme e irse a comer a su casa, pero le intrigaron las palabras de aquel desconocido. ¿Qué quería decir con eso de *Jaime Azcárate en persona*? ¿Tenía algún significado especial que él fuera Jaime Azcárate en persona? Él ya sabía que lo era. La cuestión era cómo sabía aquel individuo que lo era, y además en persona.

—Jaime, compi, ¿no te acuerdas de mí?

Aquellas siete palabras bastaron para despejar la incógnita. Los cielos se abrieron y una luz roja iluminó al desconocido, que acababa de dejar de serlo. Ahora era Fidel Garrido, cuyo segundo apellido era Pérez, o Pulaski, o algo que empezaba por P. La luz roja cobró intensidad, revelando la respuesta. El apellido era Pablos, y su propietario al completo, Fidel Garrido Pablos. La clave había sido la palabra «compi», pues no había ser humano en el mundo que la pronunciara de un modo tan indigesto como Fidel Garrido Pablos.

—¡Vaya! —exclamó Jaime mirando con asombro el espacio donde años atrás había habido una frondosa mata de pelo—. Estás calvo.

—Y a mucha honra. ¿O tienes algo en contra de los calvos?

—No, claro que no. Hoy en día está claro que los calvos triunfan. Mira si no el cine de acción francés.

—No sé, últimamente no voy al cine.

Jaime obvió la anodina réplica y se concentró en el aspecto de aquel sonriente engendro. Salvo por la ausencia de

pelo en la parte superior del cráneo, no había cambiado nada. Seguía tan enclenque como el día en que se conocieron en la redacción de *El Cometa*, aquel periódico de barrio en el que los dos habían colaborado años atrás. Los artículos de Fidel solían ser cargas de termita contra el cochino imperialismo yanqui, la globalización, el gobierno, la familia y las religiones; o defensas a ultranza de la abolición de la deuda externa de los países del Tercer Mundo, la inmigración o los antiguos ideales de aquellos que tuvieron el tesón y el coraje de enfrentarse a la dictadura. Fidel, a pesar de su apariencia inaparente, era el máximo representante del periodismo rojo de barrio. Lo que nunca supo Jaime a ciencia cierta fue si le llamaron Fidel por nacer rojo o si se hizo rojo para aprovechar el nombre que aparecía en su partida de nacimiento.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Jaime tras menear sin mucho entusiasmo la huesuda mano que el otro le tendía.

—¿Cómo que qué hago aquí, compi? Lo mismo que tú: dejarme explotar. Aunque yo lo hago diez plantas más arriba.

—Serán doce.

—¿Qué?

—Nada, nada. —A Jaime no le apetecía explicar que su trayectoria profesional había topado de pronto con una pared situada quince metros bajo el nivel del mar. Sin embargo Fidel no le dio la opción de callarse.

—Jobar, compi, qué sorpresa... No esperaba volver a verte, y mucho menos por aquí. ¿Has terminado tu jornada de esclavitud? ¿Por qué no comemos juntos y nos ponemos al día de nuestras vidas? Seguro que tenemos mazo de cosas que contarnos.

Un mazo fue precisamente lo que pareció impactar contra la nuca de Jaime cuando la voz de Amalia Campillo tronó en sus oídos:

—A ver, el nuevo. ¿Nos ves que son las dos y cinco? ¿No ves que ya ha llegado Victorino? —La Campillo se refería a un muchacho con ojos de cocker spaniel y hombros caídos a la altura del esternón que había entrado en el mos-

trador y se había puesto la bata reglamentaria, cuyo corte, color y textura la hacían más apropiada como protección anti-irradiaciones que como atuendo de biblioteca—. Aquí no cabemos todos y tu turno ya ha terminado. ¿Por qué no te vas a comer con tu amiguito y nos dejas espacio para respirar?

Para no estrangular con ella a la Campillo, Jaime colgó su bata en el perchero. Tras recibir un guiño de complicidad por parte de la atenta Iratxe, recogió su bolsa y salió de la sala de préstamo de la biblioteca acompañado por un cordial Fidel que se apresuró a colocarle una de sus esqueléticas manos en el hombro en un gesto que Jaime consideró de todo menos necesario.

La cafetería del Centro de Investigaciones Históricas se encontraba repleta de hambrientos. Jaime y Fidel se pusieron a la cola con sus bandejas y atisbaron el menú: guisantes con jamón o sopa de cocido de primero. De segundo se podía elegir entre los garbanzos de la sopa de cocido y pescadilla rebozada. Mientras esperaban su turno, Fidel preguntó:

—¿Te comes un menú entero o pedimos uno para los dos?

Jaime disimuló su desconcierto fingiendo no haber oído nada e iniciando una breve conversación con la amable cocinera, que se dispuso a llenarle el plato de guisantes.

—Vale, uno para cada uno —comprendió Fidel sagaz—. Te lo decía porque aquí la comida es abundante, y entre los dos nos ahorrábamos cinco euros. Además Blanca quiere que pierda un poco de barriga. —Y añadió con timidez—: Blanca es mi novia, ¿sabes?

Cinco euros. Blanca. Barriga. Novia. Mientras pagaba su menú, Jaime acabó de trazar su plan. Se metería todos los guisantes en la boca, empujándolos si hacía falta con la pescadilla, se bebería el flan y ayudaría a pasarlo todo con uno o dos vasos de agua antes de despedirse de Fidel y largarse con viento fresco. Ya tomaría café por el camino o, mejor aún, en su propia casa, si es que al llegar tenía la suerte de conservarla.

Mientras cogía sitio en una mesa desocupada, vio a Fidel en la caja, a punto de pagar. Sólo había pedido un plato. Y, por supuesto, nada de postre.

—Bueno, cuéntame —pidió el tacaño revolucionario calentándose las manos con las emanaciones de su sopa—. Soy todo oídos.

Jaime quería decirle que, si seguía perdiendo pelo, dentro de poco sería todo orejas, pero se contuvo. La suya había sido una unión profesional durante el último año de instituto. Escribieron para la misma publicación, pero nunca habían llegado a congeniar, debido sobre todo a la afición de Fidel a hablar de política, un tema que a Jaime, junto con el fútbol, la moda y por qué las chatis esto y las chatis lo otro, le resultaba tan interesante como la disposición de las cadenas de nucleótidos en las vaquitas suizas. Por lo demás, Fidel era incapaz de hacer daño a una mosca o a un patrono si no era a través del discurso. Jaime recordaba la pasión con la que el joven marxista defendía ante sus compañeros los derechos de los trabajadores, aun cuando todos en *El Cometa* eran simples voluntarios que entregaban su trabajo por amor al periodismo, sin recibir ninguna compensación económica y, por tanto, sin precisar derechos de ninguna clase.

—No estás muy hablador, ¿eh? —observó Fidel.

—¿Lo has notado?

—Un poco, sí. El periodismo es lo que tiene. Te despierta la mente y los sentidos.

Al oír aquello, Jaime alzó la mirada.

—¿Estudiaste periodismo?

—No. Me dijeron que no lo hiciera. Que era mejor estudiar algo de humanidades, hacerse una base cultural y luego intentar colocarse de lo que fuera. En realidad, ya sabes que a lo que yo aspiraba era a hacerme rico para reunir un ejército, derrocar a todos los gobiernos corruptos y repartir la riqueza del mundo, pero el proyecto me iba un poco grande... —y añadió en tono confidencial—: De momento.

—Ya, ya... ¿y entonces qué es lo que dices que estudiaste?

—Pues lo mío: Historia.

—¿Aquí en la Complutense?

—Por la UNED. Me era más cómodo, y además así podía pasar más tiempo con mamá. No sé si te enteraste, pero está en silla de ruedas.

—Vaya...

—Una lesión de columna. Hace ya cuatro años. Apenas puede moverse.

—Vaya —repitió Jaime—. ¿Y es... ya sabes, hay algún remedio?

—Lo habría si esos hipócritas santurrones se dejaran de prejuicios morales y permitieran la experimentación con células troncales de embriones humanos.

Fidel no especificó a qué hipócritas santurrones se refería, pero Jaime supuso que eran los mismos contra los que el comprometido militante arremetía en sus artículos de *El Cometa*.

—Bueno, ¿y tú qué? También ibas para periodista. No me digas que estudiaste la carrera y has acabado currando en una biblioteca. La verdad es que no me sorprendería nada tal como están las cosas.

—Hice Historia del Arte en la Complutense. A mí también me informaron de lo inútil que es hacer Periodismo en Madrid.

—¿Y has acabado de bibliotecario? —insistió Fidel aumentando en mil las posibilidades de tragarse enterito el cuenco de barro de su sopa de cocido—. Pues sí está mal la cosa, sí.

—La cosa está peor. Bibliotecaria es mi jefa, Amalia Campillo. Yo trabajo de topo en el depósito.

*Un día si quieres te dejo acompañarme, a ver si te pierdes.*

—¿Cuánto llevas currando aquí? No te he visto antes, y bajo a la biblioteca casi a diario.

—Hoy cumplo mi día número cinco. Y me tiraría a un pozo de lava para celebrarlo, la verdad.

—¿Tan malo es?

Jaime empezaba a agobiarse. Ya tenía bastante con su precaria situación como para encima convertirla en tema central de un debate. Decidió cortar por lo sano.

—Mejor lo dejamos. ¿Y tú qué? ¿A qué te dedicas?

—A algo muy distinto a lo tuyo, por lo que veo. A mí por lo menos me da el aire. —Fidel sonrió y se llevó la cuchara a los labios para sorber un poco de sopa. Mientras, Jaime apretaba los puños para no cometer una barbaridad—. Estoy en la planta novena.

Lo dijo con un dejo de orgullo, como si la planta novena fuera el colmo del bienestar y el triunfo laboral. No eres nadie si no trabajas en la planta novena. Los de la planta novena somos los elegidos, los seres supremos, los dioses del Olimpo, los absolutos amos del orbe; los demás, unos fracasados condenados a la mediocridad eterna. Iba a preguntar qué demonios había en la planta novena que era tan fabuloso, pero la bocaza de Fidel se volvió a adelantar.

—En la planta novena está el Departamento de Historia de las Civilizaciones del Próximo Oriente. Les llevo la base de datos. No es que sea el trabajo de mi vida, pero el doctor Zoilo, el jefe del departamento, es un tío la mar de enrollado. Y el sueldo es bastante bueno.

Jaime tenía sus dudas acerca de esto último. El sueldo no podía ser tan bueno si Fidel insistía en compartir un menú. Se llevó a la boca un nuevo cargamento de guisantes para acabar lo antes posible y poder marcharse.

—¿Tienes prisa, compi? No sé, te noto como apresurado.

—*Doz pintodez...*

—¿Qué?

Jaime bebió un poco de agua para facilitar el tránsito de la masa de guisantes hacia su estómago.

—Los pintores. Vienen hoy a casa. Ya debería estar allí para... ya sabes, para abrirles la puerta. —La mentira no era nada original, pero al parecer funcionó. En la cola de la comida, Jaime distinguió la melena rubia de Iratxe y emitió un silencioso SOS, esperando que ella lo captara.

—Ah, bueno, compi, pues no te entretengo más. Yo también tengo que subirme a llevar estos tochos al departamento. Si eso te acompaña a la salida y...

Un guisante díscolo patinó al borde de la laringe de Jaime y estuvo a un paso de caer por el conducto equivocado.

—No, no te molestes, Fidel. No vayas a llegar tarde con los libros.

—No, si no hay prisa. El doctor Zoilo ahora estará comiendo. Tengo una idea, compi. Si me esperas un minuto, te acompaño a tu casa y me invitas a un café. Ayer entré antes a currar, así que hoy puedo tomarme otra hora. ¿Qué te pasa, compi? Te has quedado pálido.

Jaime no estaba pálido sino ambarino. Daba la sensación de que el guisante díscolo por fin había decidido suicidarse por la tráquea y se había hecho pulpa contra el fondo de uno de los pulmones. Lo curioso era que no tosía, ni le costaba respirar. Tan sólo estaba ambarino. Ambarino y muy nervioso. Quizás la metamorfosis definitiva hubiera comenzado. Ahora se quedaría ciego y después le saldrían antenas y seudópodos.

—No... qué va. Es que... —Jaime se bebió de un trago su vaso de agua—, es que me acabo de acordar de que después de abrir a los pintores tengo un compromiso urgente. Una cosa privada, ya sabes. Tendrá que ser otra vez.

—Ah, pues como quieras, compi. —Fidel miró su anticuado reloj digital—. Bueno, entonces me subiré a terminar unas cosillas que tengo pendientes. Deduzco que no me invitas a un café, ¿no?

Jaime se dejó media pescadilla en el plato, se bebió el flan, tal como había sido su primera intención, y se despidió de Fidel intentando sonreír, fingiendo que le había alegrado mucho el inesperado encuentro. Quedaron en verse más a menudo, en que Fidel bajaría más a la biblioteca y que Jaime subiría un día de éstos a la planta novena para saludarle.

Pasado el peligro, cuando se aseguró de que Fidel había entrado en el ascensor, Jaime regresó a la cafetería, ocultán-

dose entre las mesas como un comando en territorio enemigo hasta que alcanzó la que servía como base a la atenta Iratxe, que, al verlo aparecer, soltó una carcajada.

—¿Dónde has dejado a tu amigo? —preguntó sin dejar de reír.

—Calla, calla. Por Dios, qué momento. No había forma de quitármelo de encima.

—Es un poco plomo Fidel, sí. En la biblioteca lo tenemos cada vez que entra.

—¿Entra muy a menudo? —preguntó Jaime horrorizado.

—A diario. Aunque ahora que sabe que trabajas allí, lo hará con más frecuencia.

—Genial. Ya tengo otro motivo para largarme. Esa oscuridad, la Campillo... y ahora esto.

—Te acostumbrarás, no es para tanto.

—Cuéntaselo a otro. Esa gruta no está hecha para mí.

—¿Y por qué no te pasas por la décima? —propuso Iratxe, tan atenta como era habitual—. Creo que allí pegarías.

—¿La décima? ¿Tú quieres matarme? ¿No es ahí donde trabaja Fidel?

—Eso es la novena. ¿Qué pasa, que todavía no te conoces el edificio o qué? En la novena está el Departamento de Próximo Oriente, y en la décima la redacción de *Arcadia*.

Aunque ya no había guisantes obstructores, Jaime estuvo a punto de ponerse a toser. Se contuvo a tiempo, aunque el rubor de su cara indicó a Iratxe que algo no iba bien.

—Eh. ¿Qué pasa?

—¿*Arcadia*? —logró preguntar cuando el aire volvió a sus pulmones.

—Sí, *Arcadia*. El jardín paradisíaco de los griegos. ¿No la conoces? Es una revista de historia que empezó hace poco, pero que ya tiene muy buena fama. La directora es muy joven pero se pasa todo el día trabajando, hasta los fines de semana según me contó su secretaria una vez que coincidimos en el ascensor.

—¿La directora? —Ante los ojos de Jaime Azcárate pasó un cartel de «Precaución: curvas peligrosas».

—Laura Rodríguez. Tiene que sonarte. Es la hija del doctor Víctor Rodríguez, el primer director del CIH. El que murió el año pasado. Eh, Jaime. ¿Te pido algo? Tienes mala cara.

Mala cara era poco. Por uno u otro motivo, Jaime sabía que tenía muchas posibilidades de acabar la sobremesa acucillado ante el inodoro. Primero la paliza de Fidel y ahora *Arcadia* y Laura Rodríguez. ¡No podía ser! ¡Tenía que tratarse de una coincidencia! Aunque si lo era, se trataba de la madre de todas las coincidencias. Por segunda vez en diez minutos, se excusó y salió de la cafetería. Iratxe, atenta y preocupada, le pidió que se cuidara, gesto que él agradeció mientras se dirigía al vestíbulo y repasaba mentalmente los dos lugares malditos: la bienaventurada planta novena, morada de elegidos como Fidel Garrido, y la planta décima, el lugar de la Tierra del que Jaime deseaba estar más lejos en aquellos momentos.

Salió por la puerta principal y se dejó envolver por la atmósfera otoñal que flotaba sobre la Ciudad Universitaria. Bajó los escalones de piedra labrados en la entrada cubierta por un marmóreo templete bramantesco y se alejó varios pasos del edificio antes de darse la vuelta y contemplar la enorme mole horizontal de ladrillos rojos que se había convertido en su lugar de trabajo. Parecía mentira que aquello sólo fuese una estructura de zanjás y andamios cuando él estudiaba en la cercana Facultad de Geografía e Historia. Ahora era la sede del centro de investigación histórica más importante del país y Jaime formaba parte de él.

Desvió la mirada del imponente edificio y la clavó en el suelo, justo bajo sus pies, conjeturando que posiblemente se encontraba pisando el techo de su lugar de trabajo. A continuación alzó la mirada de la oscuridad del infierno a las ventanas de la planta décima. Desde aquella distancia no distinguía nada, pero la imaginación de Jaime siempre había sido muy fértil. Tanto, que decidió alejarse de allí a grandes zancadas por si le estaban observando con una mira telescópica.